

to se convirtieron en otras tantas estaciones donde los peregrinos se paraban á orar: la emperatriz Eudoxia plantó sobre el Calvario una cruz de oro, y perseguida despues por la maledicencia, buscó en aquellos sitios su tranquilidad entre las inspiraciones de las musas y los sollozos de la penitencia; pero los persas se derraman por toda la Palestina, y á las órdenes de Chosroes se apoderan de la ciudad santa, con lo cual se interrumpen las peregrinaciones, hasta que Heraclio la reconquista y vuelve á plantar la cruz en la cima del Calvario, llevándola él mismo descalzo, con grande devocion, entre los aplausos del mundo cristiano y las felicitaciones de los príncipes. No fué muy duradera esta alegría, pues los árabes, pueblo belicoso que se precipita de los desiertos sobre sus ligeros caballos, se apoderan de ella, cantando estas palabras del Coran: *Entremos en la ciudad santa que Dios nos ha prometido*, mientras que los fieles en el lleno de su dolor esclamaban con las lágrimas en los ojos: *Ha llegado la abominacion y la desolacion al lugar santo*. Pero Omar permite á los cristianos que la visiten, y vuelven las peregrinaciones, si bien llenas de peligros y con graves riesgos; así fué que la cristiandad oia con asombro la narracion de las crueldades y humillaciones que tenian que sufrir los fieles, que la devocion, el arrepentimiento ó la penitencia hacia emprender tan penoso viaje: aquí

robados, allí azotados, allí asesinados, en todas partes perseguidos, siempre espuestos á perecer, siempre insultados, no podian menos de escitar la compasion de todos y la piedad, avivando mas y mas los deseos de los fieles por reconquistar aquella tierra, objeto de la piedad comun.

Estas circunstancias, unidas al pensamiento religioso que todo lo dominaba á la sazón en Europa, estimulaban los corazones al combate, y solo faltaba una voz que diese la señal, un hecho que los animase, un gefe que los dirigiera. Tiempo hacia que se habia pensado en libertar el Santo Sepulcro, y celosos pontífices habian concebido este pensamiento. Al-Haken-Benvila habia hecho con sus crueldades resonar por todas partes gritos de venganza. Silvestre II se pronuncia contra él, Gregorio VII que conmovió á este fin los soberanos de Europa, y escitó el Occidente contra el Oriente, pero murió sin dejar nada hecho, Víctor III concita la Italia contra el Africa, pero estos no eran mas que preludios del gran drama, el prólogo de aquellas expediciones que en el espacio de dos siglos habian de agitar el mundo, y donde el cristianismo y el mahometismo, el Coran y el Evangelio se iban á disputar el campo.

Hemos dicho que todo estaba dispuesto y que faltaba una voz, un hecho y un gefe: el hecho lo dejamos anunciado, la primera señal de alarma salió del clero, la voz la dió un ermitaño, y aquel



hombre oscuro, de humilde cuna, hace saltar la chispa que incendia los combustibles tan preparados y dispuestos. Reservado estaba para concitar la Europa contra el Asia, para alarmarla y constituirse en gefe el picardo Pedro; este hombre singular, principal actor de esta escena, cuyos padres y familia se ignoran, de un exterior grosero, de humildes modales, á quien solo se conocia por el nombre del Ermitaño, habia ejercitado su alma enérgica en la soledad, con la oracion y el ayuno. Habiendo abandonado las comarcas de Amiens para dirigirse á Jerusalem, el aspecto de los Santos lugares le conmovió tanto mas cuanto mas ardientes eran su piedad y su imaginacion, y allí, prosternado ante el sepulcro del Redentor, se creyó inspirado para libertarle del poder de los infieles. Desde aquel momento nada le parece imposible, se despide del anciano patriarca prometiéndole concitar los adalides de Occidente para libertar el Santo Sepulcro. Con este propósito y un alma á toda prueba, y una voluntad incapaz de retroceder, se encamina á Europa, recorre la Italia, Francia, y da vuelta á los demas Estados, con la cabeza desnuda, los piés descalzos, cubierto de áspero sayal, y montado en una mula, todo lo conmueve, todos los corazones alarma y lleva el entusiasmo aun á los mas pacíficos. Delgado de cuerpo, de complexion endeble, de fisico delicado, pero adornada su faz penitente y ascética con un mirar vi-

vo y penetrante; su fácil y enérgica locucion revelan sus pasiones vivas, su alma de fuego, y todo en él indicaba que habia nacido para una cosa mas elevada y grande que para pasar la vida en la oscuridad de una ermita, y así era efectivamente: hombre popular, con todas las dotes necesarias para formar un gran partido y hacerle servir á empresas grandes, el único capaz de llevar á término este gran suceso. Infatigable en su tarea, nada perdonaba, con tal que pudiese contribuir á su fin; oraciones, consejos, sermones, todo lo ponía en juego. El pueblo, pasmado de su austeridad, conmovido por la viva pintura que hacia de los males de que habia sido testigo, y que él mismo habia padecido en Palestina, arrastrado por su ardorosa palabra, le proclamaba santo, profeta, y le seguia en tropel por todas partes. A sus discursos y á su obra se asocian los monjes, que por todas partes repiten sus sermones, y los peregrinos que vuelven de Jerusalem, traen señales de los suplicios que han sufrido, de las cadenas que han arrastrado, por todas partes las muestran, á todos las enseñan, su vista alarma y ayuda prodigiosamente las palabras y fines del ermitaño y de los monjes. El hombre del Señor aparece á la vista del mundo mas grande, mas extraordinario cada dia, mas santo, y el pueblo se tiene por dichoso con poder tocar la fimbria de su vestido. Infinitas veces su tosco manto fué dividido en ti-



ras que los devotos se ponian en forma de cruz en el pecho, y cuanto le pertenecia se disputaba como una reliquia inestimable.

Para considerar en su justa apreciacion este suceso y marcar su influencia, basta echar una mirada sobre el mapa de la Europa en aquel tiempo. Dividida en pequeños Estados enemigos ó rivales unos de otros, apenas se concibe cómo un hombre solo pudo apagar sus odios y hermanarlos para llevar á término una vasta empresa; y efectivamente, consultadas las cosas naturales no hallaremos mas que un lazo que pudiera unirlos, un vínculo que los estrechará, una idea que los impeliera, una alma que los inspirara; y este vínculo, este lazo, estas ideas, esta alma, no era ni podia ser otra, que el sentimiento religioso. Este levantamiento en masa de un pueblo de propietarios, abandonando sus bienes para ir en pos de aventuras sin una necesidad absoluta, era una cosa que solo la religion podia efectuar, que solo bajo sus auspicios podia hacerse; y así todo el mérito de las cruzadas es obra de la religion; los bienes que de ellas resultaron se la deben; cuanto por ellas ganó la sociedad y la civilizacion es suyo, exclusivamente suyo, todo pertenece al clero, que concibió el proyecto, al clero que le esplanó, que le llevó á su fin: el clero concitó las masas, el clero predicó en este sentido, y el clero marchó á su frente; la guerra se hizo con la cruz al pecho, con la cruz en sus

estandartes, con la cruz en los labios y en las banderas, y esto prueba que era una guerra enteramente religiosa, hecha en nombre de la religion: pero ya es tiempo que enumeremos los beneficios que trajo á la humanidad, hasta ahora solo hemos probado las causas que la motivaron y la parte que en ella tuvo el clero; mucho hemos adelantado para llevar á término nuestro propósito; mucho hemos hecho para nuestro objeto, pues probado que fué obra del clero, hemos probado que los beneficios que la humanidad reportó de ella se le deben. Así, pues, entremos en su enumeracion.

El primer grande acontecimiento que revelan las cruzadas es su universalidad; antes de esta época, jamas se vió á la Europa moverse por una misma causa, por un sentimiento mismo; ellas fueron la rebelion de la Europa cristiana, en sus filas habia de todas las naciones, todos los pueblos cristianos se apresuraron á tomar parte en ellas, cosa que jamas se habia visto, y desde la primera hasta la última, todas fueron predicadas por el clero; y del mismo modo que fueron un acontecimiento europeo, lo fueron nacional; todas las clases de la sociedad se animaban con la misma expresion y obedecian á la misma idea, se abandonaban al mismo transporte. Reyes, señores, eclesiásticos, plebeyos, gentes del campo, todos tomaban el mismo interes, la misma parte en las cruzadas.



Resplandece la unidad moral de las naciones, suceso tan nuevo, de tan felices y grandiosos resultados para el mundo, que él solo basta para santificar la causa que le produjo.

No menores consecuencias produjo miradas las cosas por otras fases. Algun tiempo antes la creencia del fin del mundo estendió en todas las almas el terror, y ahora la esperanza de una redencion general las llena de consuelos; todo el que tiene que expiar delitos, que reparar ofensas y restituir perjuicios, se dispone á la peregrinacion sagrada. Yo quisiera que los enemigos del clero echasen una mirada sobre la sociedad que entonces poblaba el mundo, yo quisiera que reparasen sus vicios, sus desórdenes, sus injusticias, y que en su vista me dijeran si hizo ó no un gran bien á la humanidad y á la civilizacion el clero proclamando las cruzadas. A la voz de Pedro el ermitaño, que esclama: *Guerreros del demonio, haceos soldados de Cristo*, los bandoleros se echan fuera de las cavernas, y salen de los bosques, desde donde infestaban los caminos y sembraban el espanto en las aldeas, y ofrecen sus brazos homicidas á la santa empresa; los señores feudales dan libertad á sus colonos y á sus vasallos para consagrarse á ella; los avaros ofrecen sus tesoros, dan limosna los usureros, la caridad se despierta, en todas sus fases resplandece, y en todas las escalas se practica: las discordias de ciudad á ciudad, de familia á fa-

milia, de individuo á individuo, terminan, con un abrazo fraternal: los desordenados, los impuros, los lascivos, son impelidos al buen camino por las rígidas costumbres y por el buen ejemplo y fervorosas pláticas del Ermitaño. Los milagros se multiplicaban á cada paso, y el fuego sagrado de que muchas personas se hallaban tocadas, era considerado como el castigo de la indiferencia perezosa. En una palabra, animados todos de un espíritu religioso y de pasiones activas y enérgicas, se predicaban unos á otros, y se exhortaban al buen camino; y este es otro fruto, otro beneficio que la sociedad reportó de este movimiento.

Así las cosas, y en medio de esta agitacion, Alejo Conmeno escribe que Constantinopla está en peligro, llama en su auxilio á los francos, el pontífice convoca un concilio en Plasencia; y es tal el número de vocales que asiste, que tiene que celebrarse á campo raso: aquella multitud animada por la religion, oye las exhortaciones del pontífice que la disuelve convocándola para Clermont; allí se ocuparon de la reforma del clero, y luego pasaron á tomar providencias para cortar las guerras privadas que inundaban de sangre los campos, y fué proclamada la tregua de Dios, lanzando la excomunion contra el que no aceptara la paz y la justicia, atentara contra la vida de un hombre que se refugiara en la iglesia ó junto á las cruces que



estaban en las márgenes de los caminos. Luego predica el Ermitaño, y el papa Urbano secunda su plática con otra llena de fuego y ardor, á la cual contestó la asamblea con estas lacónicas y espresivas palabras: *Dios lo quiere*. En seguida un cardenal dijo la confesion general, los circunstantes prosternados, dándose golpes de pecho, recibieron la absolucion; luego el obispo de Puy recibió de mano del papa la cruz en calidad de legado; despues los obispos, seguidos de los barones y demas personas notables, juraron olvidar sus ofensas para ir á vengar las de Cristo. Los que se comprometieron á ir á pelear al otro lado de los mares, fueron recibidos con sus bienes y familias bajo la proteccion de la Iglesia; de suerte, que incurrian en excomunion cuantos les causaran algun perjuicio; y de este modo, y bajo la bandera de la cruz, pueblos en un todo diferentes y hasta enemigos, y hombres de tan rancios odios, olvidaron sus querellas por salvar el Santo Sepulcro, y abrazaron por insignia la cruz, que fijaron en su pecho y en sus banderas.

Concluida esta reunion, el clero continuó escitando los pueblos á la guerra santa, y no se hablaba ya más que de la conquista de tan santos lugares, disponiéndose todos á combatir hasta triunfar ó morir en la demanda; y de todas partes acuden, el señor y vasallo, el deudor y el acreedor, el pastor y el súbdito, des poblándose las al-

deas y los campos para concurrir á tan santa obra, ofreciéndose á todas las imaginaciones bajo las formas más halagüeñas; así es, que el lego abandona la corte del rey, la bandera del feudatario, el castillo de sus padres y la choza de sus abuelos para buscar nuevos feudos, nuevas dignidades; el monje deja su celda, el cura su curato; pero este sentimiento no era un sentimiento mezquino ni una idea bastarda, era realmente piadoso, era el eco de la religion que hacia oir en todos los corazones estas sentidas palabras: "*El que toma mi cruz es digno de mí,*" eco mágico y encantador que los hacia abandonar su bienestar; padres, amigos y todo el conjunto de afecciones que abraza el nombre de patria, para concurrir á librar *el gran Sepulcro de Cristo*. Los religiosos dejaban su tranquilo retiro para arrostrar los peligros entre el tumulto de los campamentos: los ermitaños, envejecidos en el asceticismo, salian de sus cavernas, y desde el fondo de los bosques, para abrazar la vida de los combates; los artesanos dejan sus talleres y los labradores sus arados para ganar en la guerra santa las indulgencias prometidas por el papa; en miembros delicados ó tostados por el sol se imprimen sangrientas cruces, y hasta las jóvenes mas delicadas se inscriben en las banderas de la cruz para ejercer la caridad en los heridos y enfermos.

Nada tendria de particular este movimiento si



en él no resplandeciera un pensamiento religioso cuyas consecuencias, como hijas de un principio bueno, eran santas y benéficas. En primer lugar lleva por objeto el humanitario fin de aliviar los males que sufrían los peregrinos en aquellos países por el fanatismo y ferocidad de los árabes, y esto era una consecuencia necesaria de la caridad tan recomendada en el Evangelio; de la misma fuente surgía otra, cual es la ilustración y conversión de las almas sumidas en las necias cavernas del Corán y subyugadas por la ley de Mahoma; esto para el pueblo acometido; pero respecto de los invasores, los beneficios son incalculables. Estos abren con la guerra un manantial nuevo al mercado, y sin estos dos siglos de combates tal vez no hubiéramos tenido relaciones comerciales con aquella gran parte del globo, porque el exclusivismo y la intolerancia árabe nos hubiera cerrado aquellas puertas; y las sedas de Damasco, las armas, los tapices, como otros muchos primores del arte, nos hubieran sido enteramente desconocidos, y nuestros talleres no hubieran adelantado en sus artes respectivos y la industria se hubiera estacionado; y en las ciencias también hubiéramos perdido mucho, puesto que los sabios de Europa no hubieran tenido el cielo despejado de Egipto para hacer observaciones astronómicas, ni las cataratas del Nilo para la arqueología, ni hubiéramos aprendido á mejorar las lanas, ni tenido bue-

nos sementales, ni la raza del caballo árabe se hubiera conocido ni utilizado, y careceríamos de muchas y utilísimas plantas, y finalmente, una parte del globo tan rica, tan estensa, nos hubiera sido casi desconocida.

Tales son los beneficios que importó á la Europa este movimiento religioso de las cruzadas; beneficios de inmensa trascendencia, cuyos frutos debía recoger el porvenir; beneficios que la humanidad y la civilización no podrán agradecer demasiado por mucho que los aprecien, cuanto más esponiéndolos al desprecio, y aun llevando la ingratitud hasta el extremo de convertir estos movimientos que tantos y tan útiles resultados produjeron en un capítulo de culpas, en un punto de ataque, en una acusación virulenta contra los hombres eminentes que las provocaron, contra el clero, que pensador y humanitario nada ha hecho, nada hace y nada hará que no sea con un fin bueno, con objeto noble, con una idea santa, como lo dicen claramente todas las cosas en que ha intervenido, todo cuanto ha fundado, todo cuanto le debe su institución.

Acaso nos dirán que exageramos, y á esto nuestra contestación será que recorran esta obra y analicen y lean los hechos que en ella dejamos anotados, que recorran todas las crónicas é historias de los pueblos y les pondrán de manifiesto la verdad; allí se verán los desvelos de ese clero que



insultan por el bien de la sociedad; allí le verán protegiendo y defendiendo al hombre, ilustrando y enseñando los pueblos, protegiendo y dirigiendo los ingenios, y de este modo salvando y haciendo prosperar y progresar la humanidad y la civilización; estos objetos de sus cuidados, como objetos caritativos y útiles á todos, como el campo que el Señor les destinaba para regarle con el rocío benéfico de tan hermosa virtud, como el palenque destinado á sus glorias y fatigas, á sus espinas y laureles; por estas razones el clero, en todos sus actos, aparece grande, porque son buenos los hace á la faz del mundo, porque son útiles los promueve, porque redundan en bien de sus hermanos prosigue incansable hasta que ha conseguido hacerlos aceptar por todos; no es, no, un egoísmo criminal, quien los dicta, ni una ambición insaciable quien los crea, ni una sordida avaricia quien los lleva á su término; ese pensamiento es hijo de la caridad, la caridad le inspira, la caridad da constancia para arrostrar los trabajos y contradicciones de la lucha empeñada para llevarle á su término, y la caridad es, por último, quien la hace aceptar. Los pueblos no aceptan las cosas sino cuando tocan sus beneficios; el sable puede imponerles un yugo, pero si la libertad le rechaza, si se opone al bien comun, entonces los pueblos se levantan y rompen sus ligaduras, y desatan sus cadenas, y rechazan las leyes ó ca-

prichos que los oprimen; es decir, que cuanto el clero ha planteado, ha sido útil y provechoso á los pueblos, que lo han aceptado y venerado, lo cual nunca hubiera sucedido si no hubieran sido instituciones benéficas, civilizadoras y humanitarias, y antes por el contrario, las hubiera rechazado, no se hubieran aclimatado como no se aclimatan las utopias de Prudhon y comparsa; pero las instituciones del sacerdocio, sus ideas de gobierno, sus bases civilizadoras han echado raices en los países donde se han conocido, en todos sin distinción, y las han echado con esta universalidad porque eran buenas, y lo eran porque las mayorías así lo proclamaban, y en el siglo de las mayorías justo es que apelemos á ellas como prueba de esta verdad, y las mayorías conocen y acatan estos hechos por lo útiles que han sido al mundo, y siempre ha sucedido lo mismo, que los pueblos hayan seguido siempre, lo mismo que el individuo, lo mejor y mas provechoso, y no puede ser otra cosa atendiendo *que la voluntad por su propio peso se inclina al bien.*

Ya oigo á los opositores esclamar contra mis palabras, desde el fondo de mi estudio veo sus risas sarcásticas, sus negativos movimientos de cabeza, sus señales de desaprobación. Nada me importan: razones que prueben es lo que yo quiero, argumentos que concluyan busco, verdad deseo. Veamos esto, y luego sabremos si tienen ó tengo